

POR NO SER TRECE,

POR

ALFONSO KARR.

TRADUCIDA

POR EUGENIO M. CUENDE.

~~~~~  
Ilustrada con 4 grabados.

~~~~~  
PUBLICADA EN EL FOLLETIN DE LAS NOVEDADES.

—————
Madrid.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECANICAS DE VAPOR

DE LAS NOVEDADES Y LA ILUSTRACION, BARCO, 2.

1857.

POR NO SER TRECÉ,

101

ALFONSO KARR

TRADUCIDA

POR EUGENIO M. GUENDE

Ilustrada con 4 grabados

PUBLICADA EN EL FOLLETO DE LAS NOCTURNAS

Madrid.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECANICAS DE AYER

EN LAS NOCTURNAS Y LA ILUSTRACION, BARCELONA, 2.

1891

POR NO SER TRECE,

POR

ALFONSO KARR.

TRADUCIDA

POR EUGENIO M. CUENDE.

EUGENIO MILBERT A FELIX DUPORT.

Lausana.

«Pasado mañana, mi querido Félix, estaré en Ginebra. No hay motivo ninguno para escribirte esto, porque es mas que probable que llegaré al mismo tiempo que mi carta. ¡Pero, qué quieres! soy tan feliz, que no puedo contener mi alegría por mas tiempo.

Desde hace dos dias hablo con las butacas, con el reló, con el gato, pero esto no me basta, y es tal la necesidad de comunicarme con alguien, que á fin de no morir ahogado te escribo.

Adios, pues, bella habitacion y suntuosos muebles de mi tio Eloy: adios magnificas butacas de terciopelo y secreter de palo santo que adornais mi cuarto; adios opiparras comidas y tentadores vinos de Francia.

Dentro de algunos dias tendré una pequeña buhardilla, amueblada con un catre de tigeria, dos sillas de paja y una mesa de pino: comeré en una taberna.

Pero estaré en mi casa y *ganaré mi vida*. Palabra rara, pero enérgica. El hombre á

quien Dios hizo á su imágen; el hombre que tan liberalmente se adorna con infinidad de ventajas; el hombre, rey de la naturaleza, que pretende que todo es suyo y que todo ha sido hecho para él;—el hombre para comer, beber, dormir; para tener siempre corrientes los resortes de su miserable máquina, para echar aceite en sus ruedas, se vé obligado á vender las dos terceras partes de su vida á otro hombre mas rico que él.

Así el hombre á quien yo voy á servir de secretario, tiene: primero su vida; que es esclusivamente suya; luego la de todos los desventurados que le sirven: de modo que para él un dia tiene por lo menos treinta y seis horas, en tanto que para mí apenas llegan á ocho.

Y veia á todo el mundo *ganarse su vida*, y me decia: ¡pero robo yo la mia! ¡Oh! ahora no harán por mí nada que no me deban; volveré servicio por servicio; al comer no tendré que estar agradecido á nadie; al dormir nadie tendrá nada que echarme en cara: ¡seré libre!

¡Ah, Félix! tú no comprendes estas palabras; tú no sabes lo que es el haber pa-

sado toda la vida en casa de un bienhechor. Un bienhechor. Pronto te hubiera puesto al corriente de cuanto da: ¡pero si supieras lo que cuesta!

El descanso del sueño, que es un beneficio, es menester tomarlo, no cuando tengo sueño, sino cuando á mi tío se le antoja dormir.

Tengo que ocultar mis gustos é inclinaciones; guardar mis pensamientos, sacrificarle mis gustos. ¡Oh! si tú supieras que se hacen cobardías y bajezas por una comida, que no se harían por un millon, cuando se come tan bien por dos reales!

¡Oh! por qué mis padres al morir, dejándome solo y tan jóven en el mundo, no me han dicho: ¡Toma una azada! ¡trabaja! ¡cava la tierra! ¡en vez de hacerme cultivar la herencia de mi tío Eloy!

Pero gracias á Dios esto va á concluir. Voy á ganarme mi vida.

¡Te sorprende!

Hé aquí cómo ha sucedido esto.

El otro dia llegaron forasteros á casa de mi tío. Este, que me trata siempre como á un niño, le dijo:

—El chico acompañará á Vd. á ver la catedral. Ya conoces á Lausana: habíamos tomado por la calle cubierta y en forma de escalera que conduce á la iglesia. Se tarda un cuarto de hora en subir, y cuando uno ha llegado al final, se encuentra con un aviso sobre la puerta que le indica que es menester volver á bajar para buscar á un tal Mr. Bache, tintorero, que tiene las llaves.

Llegué cansadísimo, pero el forastero, tratándome como si fuera un crado, me mandó que fuera á buscar á Mr. Bache. Por un momento tuve intencion de dejarlo allí, y abandonar á Lausana, y huir de mi tío, y marcharme á traves de aquellas verdes llanuras, cubiertas de un puro cielo para no volver jamás.

Fuí, sin embargo, á buscar á Mr. Bache; el tintorero me dió las llaves y volví con ellas en busca del forastero.

Encontré á este sentado en la terraza, figurándome que habia tardado mucho. Luego sin darme un momento de descanso, me obligó á que le sirviera de *cicerone*, y me hizo infinidad de preguntas á cual mas ton-tas sobre cada piedra, y sobre cada pedazo de madera que veía.

Me ví obligado á responderle una porcion de veces:

—No sé; y á cada una me decia:

—Parece imposible que V.d lo ignore.

De tal modo me impacientó, que me dieron tentaciones de largarle una historia á cada pregunta.

Dios sabe lo que le referí.

Cuando llegamos á la tumba de Harriet-Caning, mujer del embajador de Strafford, le dije que era el sepúltero de la esposa de mi tío Eloy, y lo llevé de allí, como si quisiera á todo trance huir de algun triste recuerdo, pero en realidad para escapar á la mas triste obligacion de responder al diluvio de preguntas que indudablemente me hubiera hecho sobre cada trazo del cincel del escultor.

Desgraciadamente para mí, durante la comida se le antojó hablar á mi tío de la magnífica tumba de alabastro que habia hecho construir para su señora la difunta Mad. Eloy Milbert.

Por la noche mi tío me echó una peluca decente, y me dijo:

—Bien está, bien está; ya sé lo que debo hacer.

Al dia siguiente por la mañana tuve que aguantar una larga é interminable relacion de todo lo malo que habia hecho desde mi infancia, sin olvidar un plato roto hacia diez años y un pantalon desgarrado hacia doce.

A cada nueva que cometia me reñia por todas las anteriores y la letanía comenzaba invariablemente por estas palabras.

—A los tres años, viviendo todavía tu padre, robaste unas manzanas.

Como es de esperar, á la lista de mis crímenes seguia la de sus beneficios, y entonces sentia venirseme á la boca, amargo y envenenado cuanto pan habia comido en su casa.

—Esto va á concluir, señorito, me dijo: dentro de tres dias marchará Vd. á Ginebra: hay un rico negociante que necesita un secretario: irá Vd. á su casa.

Mañana marchó: debo pasar por Montreaux para entregar una carta á un tal Mr. Gautherot, que segun parece es un amigo de mi tío, á quien no conozco.

Tú amigo,

EUGENIO MILBERT.»

EUGENIO MILBERT Á FÉLIX DUPORT.

«En cuando recibas esta irás á personarte en casa de Mr. Sauders, negociante, que vive detrás de los Baños des Bergues, y le dirás que M. Eugenio Milbert, tu servidor y el suyo, tardará todavía en llegar tres ó cuatro dias. Haz este encargo antes de leer el resto de mi carta.

Te supongo ya de vuelta de casa de

Mr. Sauders; ahora puedes escuchar, ó mejor dicho leer mi historia.

Como te la habia anunciado, sali anteayer de Lausana, con seis camisas, mi frac azul, un reló de mi padre y un poco de dinero que me dió mi tío al despedirme.

Dióme tambien una infinidad de consejos de los que no entendí una palabra, porque desde hace algun tiempo, he adoptado la resolucion, en cuanto le veo dispuesto á regañarme de escoger cualquier asunto propio para meditar, segun la mayor ó menor solemnidad del exordio.

Al hablarme de mi padre, lloró y me dijo: *Ten en cuenta, Eugenio, que en la vida no se debe contar con nada mas que con uno mismo.*

Te aseguro que en este instante me ha parecido un buen hombre, y no he podido reconocer en él al tirano de mi juventud: acaso nunca ha habido entre nosotros mas que un *quid pro quo*.

El es viejo, yo jóven; y cada uno de nosotros ha tomado por una especie de hostilidad permanente la diferencia de gustos y la oposicion natural de sensaciones y de ideas.

Nada es tan tolerante como la felicidad: tan contento y alegre estaba de dejarle, que casi casi me daban tentaciones de quedarme con él.

A las cuatro llegué á Montreaux: es una aldea que se encuentra al venir de Lausana á la izquierda del camino que costea el lago y á algunos centenares de pasos de él: se sube por una pequeña senda pedregosa. En la posada supe que no pasaria por allí ningun carruaje hasta el dia siguiente.

Me cepillé y fui á casa de Mr. Gautherot. Leyó la carta de mi tío y pareció no quedar satisfecho de ella.

—Con que no viene: y eso que es el santo de Mad. Gautherot, y me habia prometido venir.

Me recibió con frialdad.

—¿Vd. es sobrino suyo?

—Sí señor.

—Muy bien. Va Vd...

—A Ginebra.

—Muy bien. Hace hoy mucho calor.

—Así, así... etc.

Me levanté, saludé y me marché.

Fui á mandar que me preparasen la comida en la posada, y luego á pasearme por el átrio de la iglesia.

Es el sitio mas encantador que he visto en mi vida.

La iglesia, sin ser enteramente gótica, tenia todo el encanto religioso de este orden de arquitectura; su campanario octó-

gono se destaca á una gran elevacion sobre el fondo verde de una elevadísima montaña.

Entrase al átrio por una puerta, ó mejor dicho bóveda de madre-selva; los dos costados de la puerta principal son dos rosales. Entre las ojivas se elevan jazmines que ostentan entre su verde follaje las estrellas de sus flores blancas y perfumadas; *corchorus* con sus pequeñas rosas de color de fuego; y una parra que se encarama por la torre, y cubre con sus verdes hojas parte de ella.

El átrio es un hermoso prado esmaltado de siemprevivas, botones de oro, margaritas blancas y *Wergismeinnich* de un azul pálido.

Entre la yerba se elevan árboles del paraíso, con flores acarminadas, acacias que todavia no están en flor, y lilas cuya flor ha pasado ya.

El átrio está rodeado de una cerca que oculta los terrenos inmediatos, los cuales van descendiendo de modo que parece salir ó estar flotando en medio del lago.

En uno de los ángulos hay un banco, bajo unos cerezos, en el cual fui á sentarme.

Allí vi descender el sol entre las nevadas cimas de dos montañas, que parecia cruzarse por su base.

Ocultábase trás una nube inmensa de color negro azulada cruzada por una ancha franja de oro: por encima elevábase un vapor anaranjado; la montaña mas cercana al horizonte parecia gris; la que estaba mas lejos aparecia negra.

El intervalo que separaba las dos cimas en forma de cono invertido, estaba lleno de luz y fuego.

Me quedé absorto ante aquel espectáculo, ante la calma del lago y la magnificencia del paisaje.

Así estaba cuando sentí que me tocaban en el hombro.

Me volví: el que venia á interrumpir mi meditacion era Mr. Gautherot.

—Pardiez, me dijo, hace largo rato que os ando buscando: me habian dicho en la posada que habiaisido á pasearos, y he echado trás de vos para ver si daba con la pista, aunque ningun indicio cierto tenia de dónde podria encontraros. Es preciso que vengais á comer con nosotros.

Admiróme aquella brusca invitacion, que me hubiera podido hacer mas políticamente dos horas antes, y contesté que habia ya comido.

—No tal, me dijo Mr. Gautherot, porque he hecho quitar del fuego en la taberna

una polla que estaban asando para vos.— He prometido á Mad. Gautherot que os llevaria á casa, y vendreis conmigo.

Hice algunas observaciones, y al fin y al cabo no tuve mas remedio que acompañar á Mr. Gautherot.

Cuando pasábamos por delante de la posada, me dijo:

llevaba guardado en el baul; hacia mucho tiempo que estaba allí.

Lo saqué maquinalmente. No sé si los vestidos adquieren lustre estando guardados mucho tiempo ó si mi frac azul habia perdido el suyo sin que me apercibiese de ello: el resultado fué que el frac gris me pareció mucho mejor que lo que esperaba,



El prendero Samuel.

—¡Ah! si gustais podeis subir á vestiros porque tenemos algunos convidados: pero pensad que solo teneis diez minutos y que voy delante para anunciaros.

Subí á mi cuarto pensativo.

—¡Vestirme! ¡Por qué querrán estas gentes que yo me vista! Me habia puesto para llevar la carta mi frac azul que consideraba como el mejor: otro gris que tenia lo

é infinitamente superior al azul. Me le puse y volví á casa de Mr. Gautherot.

Habia mucha gente aquel dia en casa de Mr. Gautherot; repararon poco en mí. La señora á un cumplimiento que la dirigí, me contestó con una reverencia y las siguientes palabras:

—Ya solo falta Mr. Rignoux.

Se le esperó media hora, al cabo de la

cual llegó un criado con una carta con la que el dicho Mr. Rignoux se excusaba de no poder asistir á la comida por estar enferma su mujer.

—¡Dios mio! exclamó Mad. Gautherot, ¿y qué hacemos ahora?

No comprendí bien esta exclamacion: me parecia que solo habia que hacer una cosa muy sencilla, que era comer, puesto que Mr. Rignoux no venia.

Mr. Gautherot siguió á su mujer al hueco de un balcon, y allí sostuvieron en voz baja una animada conversacion, en la cual apercibi á poco que entraba por algo. Esto me costó un poco y empecé ya á sentir la polla que habia dejado en la posada.

En este momento atravesó el salon una jóven y se llegó á hablar en voz baja á Mad. Gautherot.

Era la misma hermosa jóven de que hace un año te hablé, á consecuencia de haberla visto en la catedral de Lausana; cuya vista me turbó de tal manera, y que por espacio de un mes estuve volviendo á ver todos los dias en la cima de esa montaña denominada la Signal.

Un dia la ayudé á bajar una rápida pendiente, pues solo iba acompañada de personas ya ancianas, que no podian prestarla apoyo ninguno en aquellas circunstancias. Desde entonces la saludaba cuando la veia, y aun la dirigia algunas palabras; luego habia marchado, y solo la habia vuelto á ver en mis sueños.

Era ella: ella con sus grandes ojos azules, su talle esbelto y flexible, y aire gracioso y desembarazado.

Toma parte en el duo que habia en el hueco del balcon, y á poco la oí reir, diciendo:

—Vamos, madre, no os apureis por tan poco; yo me encargo de eso.

Y desapareció por algunos momentos; volvió despues, y atravesando el salon se encaminó hácia mí directamente.

—Caballero, ¿me hareis el obsequio de concederme una breve conversacion?

Cuando la ví venir me levanté; me hizo seña de que me sentase, y ella lo hizo en una butaca al lado mio.

—Hé aquí, caballero, de lo que se trata: mi madre no puede acostumbrarse á la idea de una comida en que se sienten trece á la mesa: vuestro tio debia completar el número catorce con los demás jóvenes que veis.

Y con una maliciosa mirada me hizo observar que ninguno de los convidados bajaba de cincuenta años.

—No ha venido, continuó, y nos hemos

visto reducidos á trece; para esto y solo por esto os han ido á buscar; no estais, pues, aquí como un jóven, sino como el número catorce: en casa no se recibe, y no se os ha podido juzgar todavia como persona amable y complaciente.

Pero hé aquí que Mr. Rignoux no viene: del número catorce que erais, pasais á ocupar el trece, número fatal, de mal augurio; os habeis, pues, convertido en un mal presagio, en la araña encontrada por la mañana, en la corneja vista á la izquierda, en el moscardon negro que zumba á nuestro alrededor. Se ha tratado despues de despediros de un modo simulado... pero no han encontrado ocasion ni oportunidad...

—Señorita, dije tontamente, estoy pronto á retirarme...

—Vuestra respuesta carece hasta tal punto de sentido comun, me dijo con ligera impaciencia, que me dan ganas de dejaros marchar.

Se abandonó como os digo el primer proyecto de despediros simuladamente: pero le sucedió el de hacerme á mí comer sola en mi habitacion. He tenido menos resignacion que Vd., y he pedido permiso á mi madre para que pusieran una mesa pequeña al lado de la grande donde comeremos ambos, como los dos mas jóvenes, siempre que este proyecto no hiera vuestra susceptibilidad. De esta manera serán solo once, y evitarán, si no el peligro, al menos el miedo de morir en el año.

Dejóme sin esperar respuesta, y fué á decir á su madre que aceptaba la proposicion. Mad. Gautherot, taanquila ya, se acercó á mí y me dijo:

—Caballero, mi hija os ha confesado mi debilidad: os doy gracias por vuestra condescendencia, y por la bondad que habeis tenido de no burlaros de mí.

—Señores, añadió volviéndose á los otros convidados; Mr. Rignoux no viene: vamos á comer. Mr. Morel, dadme el brazo.

Pasamos al comedor, donde estaba en efecto preparada una mesa pequeña para los dos. Mad. Gautherot se encargó de explicar aquella division. Fanny, aun cuando me habia hablado un poco mas familiarmente que se acostumbra á una persona que no se ha visto nunca, no habia hecho sin embargo alusion ninguna á nuestro encuentro en Lausana.

Hácia la mitad de la comida comenzaron á hablar en alta voz. Solo entonces me atrevi á decirle:

—Recordais, señorita, á Lausana y á su catedral, y á la Signal, y la casa del Fores

tier, y sus columnas de madera y sus acacias en flor?

—Sí, me contestó; y también el lago que se ve á los piés, rodeado de montañas nevadas; el lago de color azul oscuro á la sombra, y blanco como un espejo á los rayos ardientes del sol.

—¿Y aquellos hermosos plátanos, continué, que cubren los bancos del Signal, y los verdes bosquecillos llenos de violetas y fresales?

—También, me replicó, y aun mas que eso; recuerdo los risueños y libres pensamientos que se han marchitado con las violetas y que no han vuelto á florecer como ellas ni florecerán jamás.

Y dijo estas palabras como hablando consigo misma.

Y permaneció absorta, y su rostro tardó largo tiempo en recobrar su acostumbrado aire malicioso.

Estuvimos largo tiempo sin hablar. Nos levantamos de la mesa, y por la tarde no me encontraba en ningun sitio á gusto mas que al lado de Fanny.

Por la noche Mad. Gautherot me preguntó cuándo marchaba. Sin saber lo que decia, la contesté que esperaba una carta de mi tio.

—Pues bien, me dijo, si quiere Vd. mañana oír una misa con música, le haremos á Vd. un sitio en nuestro banco.

Ya comprendes, mi querido Félix, que no puedo marchar, sin cometer una falta respecto á esta buena mujer; y además me han hablado mucho del órgano de Montreaux.

Adios:

EUGENIO MILBERT.)

El domingo, Félix estaba desde muy temprano en el átrio de la iglesia. Fanny llegó también antes de la hora en que empezaba la misa con su madre.

Eugenio se acercó á ellas para saludarlas: pero en el mismo momento, Mad. Gautherot fué abordada por algunas conocidas suyas, que la llevaron á un lado del átrio para hablarla de algunos asuntos reservados suyos.

Fanny quedó sola con Eugenio.

—Tal vez ayer, Sr. de Milbert, he estado demasiado familiar con vos, pero esto no os admirará cuando os haya dicho que os conocía hace tiempo; que la casualidad habia hecho que supiera toda vuestra historia, y que cierta analogía entre vuestras

penas y las mias me inspiraron cierto interés por un jóven, que, segun todas las probabilidades, no debia volver á ver jamás. He vuelto á veros á vos, á quien nunca habia hablado mas que de cosas indiferentes, como el tiempo, la lluvia, y he experimentado la misma sensacion que si hubiera vuelto á ver á un antiguo amigo. Además, nuestro encuentro en Lausana tuvo lugar en una época en que yo era muy feliz.

—Pues qué, señorita, esa alegría que tal encanto os presentaba ayer...

Durante la misa Milbert miró mucho á Fanny, pero sin encontrarse una vez con la mirada de esta. Solamente cuando cantaron el salmo,

Jubilate Deo: Vosotros los habitantes de la tierra, regocijáos y lanzar gritos de alegría al Eterno.

Alzó los ojos al cielo, y dos gruesas lágrimas cayeron sobre el libro que tenia en la mano.

—¡Ay! pensaba ella; ¿y de qué debo yo dar gracias á Dios?

Al dia siguiente fueron á pasear al lago. Eugenio fué convidado á comer, y la comida se componia de la pesca que habian cogido juntos. Despues de la comida, fueron á pasear al átrio de la iglesia. Allí volvió á hablar de Fanny, de sus encuentros en la *Signal de Lausana*.

—He vuelto allá muchas veces despues de vuestra partida, dijo.

—Sr. Milbert, replicó, hablo con vos como no debiera hacerlo, pero cuantos me rodean son tan felices, que no tengo confianza con ninguno. Os habeis lanzado sin apoyo á todos los azares de la vida. Pero me hacen pasar de un salto sobre todos los sueños, las ilusiones y las alegrías de mi juventud: me casan con un hombre de mas edad que mi padre.

—Vos, exclamó Milbert.

—Dentro de cuatro meses, añadió Fanny. Ambos quedaron silenciosos.

—¿A dónde vais, y qué pensais hacer? la pregunto despues de un breve rato.

—Voy á Ginebra para ocupar un pequeño destino. Mis padres no me enseñaron otra profesion que la de esperar la herencia de mi tio, y os aseguro que es muy triste oficio.

—Oraré algunas veces por vos y por mi; por mi ya no pueden orar, porque mi destino está fijado ya y encerrado en bien estrechos límites: he sacado mi bola de la lotería y esta bola es negra; que el cielo os reserve otra suerte mejor.

—Pero ese matrimonio...

—Es cosa decidida: el contrato está ya hecho y firmado.

—Quiere decir que ya nunca volveré á veros.

—Al contrario, hay razones y motivos que harán que nos volvamos á ver.

—Segun eso, ¿vuestro futuro marido vive en Ginebra?

Fanny le miró con gran admiracion, y no le contestó.

Volvieron á casa: Eugenio saludó á la familia Gautherot, y se volvió á su posada.

Al dia siguiente fué á hacer su visita de despedida, y preguntó si tenian algun encargo para Ginebra: marchaba al dia siguiente.

Le detuvieron y comenzaron á ejecutar algunas piezas de música. Fanny cantó, en tanto que su madre la acompañaba al piano.

—¡Qué motivo tan lindo! dijo Milbert; ¡qué dulce embriaguez que se apodera del alma al oirlo; cómo la adormece y qué dulces ensueños que hace nacer en ella! Me hareis el obsequio de repetirla otra vez.

Mad. Gautherot y Fanny volvieron á empezar; pero no les satisfacía, y volvieron á repetirlo de nuevo.

Fanny estaba en pié detrás del sillón de su madre y á su derecha. Milbert estaba en la misma posicion, pero á la izquierda. Fanny cantó una cancion alemana, cuyo sentido es el siguiente:

«Todas las magnificencias de la naturaleza, el silencio imponente de la noche, el aroma de las flores, los pálidos rayos de la luna á través de las verdes cimas de los árboles, las estrellas flores de fuego sembradas en el cielo, las luciérnagas flores de fuego sembradas en la yerba, todo esto ha sido creado para hacer al mundo digno del hombre; en el momento en que dice por primera vez á una mujer, *te amo*; palabra formada de un celestial perfume del alma, que se exhala y sube al cielo con los perfumes de las flores; momento único en la vida, en que es rey, en que es Dios; momento que paga y espia con toda una existencia de amargos pesares.

Este momento es el precio de todas nuestras miserias.»

Fanny cantó estas palabras con una expresion de dulce tristeza. Eugenio repitió la letra con entusiasmo: sus ojos se encontraron, y se dieron un *largo beso del alma*; sus manos, colocadas en el respaldo del sillón de Mad. Gautherot, se estrecharon convulsivamente.

La criada trajo luz y les pareció que su

tiemple de sombra y de misterio se disipaba.

Milbert se retiró temprano y pasó la noche escribiendo una larga carta á la señorita Gautherot; la confesaba su amor.

Al dia siguiente quiso deslizar su epistola, pero ella le dijo:

—Que crean que habeis marchado, y volved á media noche bajo la ventana del jardin.

Se despidió, volvió á la posada y se encerró en su cuarto hasta media noche, con la cabeza llena de tan confusos y encontrados pensamientos, que formaban en su mente un todo conforme que no le permitía escoger ni seguir ninguno.

A media noche estaba bajo la ventana del jardin, que no tardó en abrirse.

—¿Sois vos? le preguntó Fanny con voz temblorosa.

—Sí.

—Pues bien, escuchadme.

—¿Cómo! ¿Desde aquí?

—¿Pues desde dónde?

—Dejadme subir á vuestro cuarto.

—¿Por qué?

—Porque siento pasos, porque podria pasar alguien, y porque pudieran verme.

Y sin esperar la respuesta de Fanny se lanzó hácia los hierros de ella y penetró en el cuarto de Fanny.

Esta estuvo algunos momentos sin poder hablar. Milbert la mostró la luna que se elevaba detrás de los árboles, las estrellas que brillaban en el cielo, y la dijo:

—Recordad la cancion. Todo ha sido creado solo para hacer al mundo digno del hombre, en el momento en que, por primera vez, dice á una mujer: *te amo*.

«Este momento es el precio de todas nuestras miserias.»

—Fanny, yo os amo.

—Y yo tambien á vos, Eugenio, dijo Fanny; tambien os amo, y hace mucho tiempo; y cuando estos últimos dias me recordábais nuestros encuentros en Lausana, mi corazon me ponía ante la vista hasta el mas pequeño detalle de esos encuentros.

—Y yo, dijo Eugenio, no he podido separar vuestro recuerdo de ninguno de mis pensamientos, estaba en el fondo de todas mis acciones, y á veces hasta á pesar mio.

Despues de haberos visto, despues de haberos amado, es cuando he sentido todo lo que pesaba el yugo de los beneficios de mi tio; es cuando he soñado con la libertad, con ser independiente: vuestra primer mirada hizo brotar en mi alma el orgullo, el valor y todas las pasiones nobles.

—Tanto mejor si teneis valor, porque indudablemente lo necesitaremos.

—¡Oh! Fanny, amado por vos, nada conozco que pueda serme imposible: las dificultades que me espantaban á mi entrada en la vida, me parecen ahora triunfos medio conseguidos ya.

—Dios mio, dijo Fanny levantando sus hermosos ojos al cielo, perdonadme y socorredme.

—El cielo me protege, puesto que me ha hecho encontrar á Vd.

—Yo tambien me siento con algun mas valor: primero, ese matrimonio, contra el cual hasta aquí no he tenido mas armas que las lágrimas y aun esas á solas, no se verificará: sabré decir que no hasta el pie del altar.

—Y yo voy á volver á Lausana, me arrojaré á los piés de mi tio.

—¡De vuestro tio!

—Sí, del mismo: prometió á mi padre cuando este murió...

—¿Pero estais loco?

—¡Loco! ¿por qué?

—¿Por qué? No sabeis, segun creo, que el hombre con quien me quieren casar es...

—¡El!... ¡mi tio!

—El mismo.

—No me han dicho nada.

—Ya lo sabeis ahora.

—¡Oh! ya comprendo por qué me aleja de Lausana.

—Y hé ahí tambien una de las causas que me interesaban por vos y que me hicieron amaros. Mi padre habia exigido de vuestro tio que me reconociese en el contrato ventajas que os quitaban mas de la mitad de la herencia. Hubiera sido para vos un objeto odioso, cuando lo que me haria feliz seria hacer vuestra felicidad, cuando no sé si para mí puede existir otra felicidad mas que la vuestra. Solo pensaba en obtener vuestra amistad, en haceros comprender cuán á pesar mio os perjudicaba y que no queria ser feliz á costa de vuestra desgracia.

—¡Mi tio! murmuraba Milbert aterrado: ¿y qué hacernos ahora?

—Ya pensaremos en ello. En cuanto á mí os prometo que no me casaré con él, que me guardaré para vos. Es tarde y es preciso separarnos. En siendo de dia salid de la posada en que estais y marchad á ocultaros en cualquiera de las casas del camino. Volvereis mañana á la noche á la misma hora. No necesito deciros que penseis en mí, ¿verdad? Pensad mas bien en nosotros, pensemos en lo que debemos hacer. Conocemos nuestro objeto, convengamos en el camino que debe

conducirnos á él, y marchemos en seguida sin mirar atrás.

Adios.

A la noche siguiente, la señorita Gautherot y Eugenio Milbert agitaron y discutieron cien proyectos diferentes, sin adoptar ninguno.

Solo habia una cosa sobre la cual no disputaron, antes convinieron en seguida; y era que se amaban, que no podian vivir el uno sin el otro, que era preciso que se casaran, y que nada les seria costoso pararse á este fin.

—No me casaré con vuestro tio, decia Fanny: desde que me he confesado á mí misma y que os he dicho á vos que os amo, he encontrado ya las razones de esta repugnancia tan fuerte que me inspiraba este matrimonio, sin poder explicarme la causa.

Dicen que hay infelices mujeres que venden cuanto hay que vender por tener pan, y para ellos solo hay palabras de desprecio: pero como se llamará ó designará á esas mujeres que se vendiesen, no por pan, sino por un plato mas en una mesa ya suntuosa; no por vestirse, sino por tener joyas y diamantes.

Milbert volvió al siguiente dia, y al otro y al otro: convirtióse esto en costumbre. Fanny solo le decia: «Venid.» Y él contestaba: «Vendré:» pero ella abria todas las noches su ventana, y Milbert subia por ella y permanecia á su lado hablando de amor y formando proyectos, hasta que comenzaba á aparecer el crepúsculo de la mañana.

Una noche oyeron ruido de pasos en el jardin cuando Milbert acababa de entrar: apresuróse á apagar la lamparilla que ardia diariamente en el cuarto de Fanny. La persona que habian oido pasó y Fanny, en la sombra, se vió obligada á dar la mano á Milbert para llevarle á una butaca. Eugenio no soltó esta mano. Quedáronse allí sin hablar palabra. Podianse oír en el silencio de la habitacion los latidos de sus corazones. Fanny dejó caer su cabeza sobre el pecho: sus cabellos se tocaron y una especie de conmocion eléctrica estremeció á entrambos.

Apenas las estrellas comenzaban á apagarse, Fanny dijo á su amante:

—Amado mio, os pertenezco y me pertenecis: esto me á derecho sobre vos: hareis pues lo que voy deciros. Hoy mismo dejareis la casa en que os ocultais para ir á Ginebra á ocupar vuestro destino. Teneis veintidos años y yo diez y ocho: esperaré á que con vuestro trabajo os pongais en disposicion de pedirme á mis padres: os es-

peraré todo el tiempo que sea preciso, pero sin embargo no podemos ni debemos perder un dia que pueda emplearse en nuestra reunion. No volveréis á entrar en este cuarto mas que como mi esposo á los ojos de los hombres, como lo sois ya á los de Dios. Id, y para nada conteis con vuestro tio, que puede vivir todavía veinte años, ó desheredados ó arruinarse. Os escribiré cuando pueda, para deciros que os amo, que os espero, que os aguardo, para daros valor en los dias de prueba. Adios, amado mio, esposo mio, adios.

Eugenio hablaba de volver otra vez todavía, antes de salir de Montreux; suplicó, pero Fanny fué inflexible. La dió para escribirle las señas de Félix Dupont: al dia siguiente llegó á Ginebra.

Se apeó en casa de Félix Dupont: allí, despues de un detenido exámen, convinieron ambos amigos en que el frac gris estaba mucho peor que el azul, á quien fué preferido en Montreux, á consecuencia de subir y bajar de las ventanas, en sus expediciones nocturnas durante los últimos dias que permanció en aquel pueblo.

Púsose, pues, el frac azul para ir á ver á Mr. Saunders. La plaza prometida á Mr. Eloy Milbert para su sobrino estaba dada. Mr. Saunders habia esperado quince dias; pero le habia sido imposible el conceder un plazo mas largo de espera.

Habia escrito á Lausana, y el tio Eloy le habia contestado que no sabia qué habia sido de su sobrino; que le daba gracias por haber esperado tanto tiempo, y le suplicaba que le diese noticias de su sobrino en cuanto le viera, porque al fin preciso es llegar de Lausana á Ginebra, por mas que se trate de alargar el camino. Añadia á esta súplica la de que no hablase á Eugenio de la solitud de su tio.

Eugenio Milbert, como él solo confesaba á sí mismo algunas veces, se exageraba mucho *la serenidad* de su tio. Eloy Milbert á los cincuenta años se creia todavía jóven; esto explica la poca importancia que concedia á un muchacho que no tenia aun mas que veintidos, y que le parecia un niño.

Eugenio, por su parte, se concedia en demasia esta importancia, que su tio no le daba, le parecia que era un hombre ya maduro, y le parecia su tio un anciano decrepito. El tio, antiguo amigo de Mr. Gautherot, habia obtenido de este la mano de su hija. Mr. Gautherot habia sido deslumbrado con las ventajas pecuniarias que esta union tenia para Fanny.

Los padres, y hablo de los mas cariñosos, cuando se trata de la felicidad de sus

hijos, les imponen con la mejor buena fé del mundo lo que haria su propia felicidad, sin tratar de acordarse de lo que la hubiera hecho cuando tenian su edad, las ilusiones y las pasiones que ya no tienen.

Eloy Milbert veia, no sin cierto remordimiento, que con su boda quitaba á su sobrino gran parte de la herencia con que este debia contar: no queria que fuese testigo de lo que en rigor se podia llamar una locura; pensaba conciliarlo todo, procurándole los medios de que se le busca un porvenir, haciéndole aprender el comercio, y dándole mas tarde un pequeño capital, cuando ya tuviera los conocimientos necesarios para hacerle prosperar.

Además, ¿no podia llegar á tener un hijo? Y entonces era preciso que Eugenio tuviese una carrera que le pusiera á cubierto de las necesidades y de las miserias. Mientras sucedia esto, no debia gozar mas de las comodidades y de la esperanza de una herencia que se le escapaba. Mr. Saunders le prometió que trataria de buscarle ocupacion.

Eugenio se retiró triste y confuso. No queria recurrir á su tio en el momento mismo en que acababa de robarle su prometida; vendió su reló; alquiló una buhardilla; pagó adelantado un alquiler de quince dias, y pasó el tiempo, ó esperando su colocacion, ó escribiendo á Fanny largas cartas, que no tenia medio alguno de hacer llegar á su poder.

FANNY GAUTHEROT Á EUGENIO MILBERT.

Montreux.

«Pienso en vos y solo en vos. No hay rincón de la casa donde no crea encontraros. He puesto en mi cuarto esa pequeña mesita donde comimos juntos. Tengo siempre puestas en agua fresca algunas ramas de madre-selva que cubre la puerta del átrio de la iglesia. Vuestro amor me rodea como otra atmósfera. Paso á través de la vida sin sentir nada. Me he bañado en el amor, como el héroe griego fué bañado en las aguas de la Estigia; como él soy invulnerable.

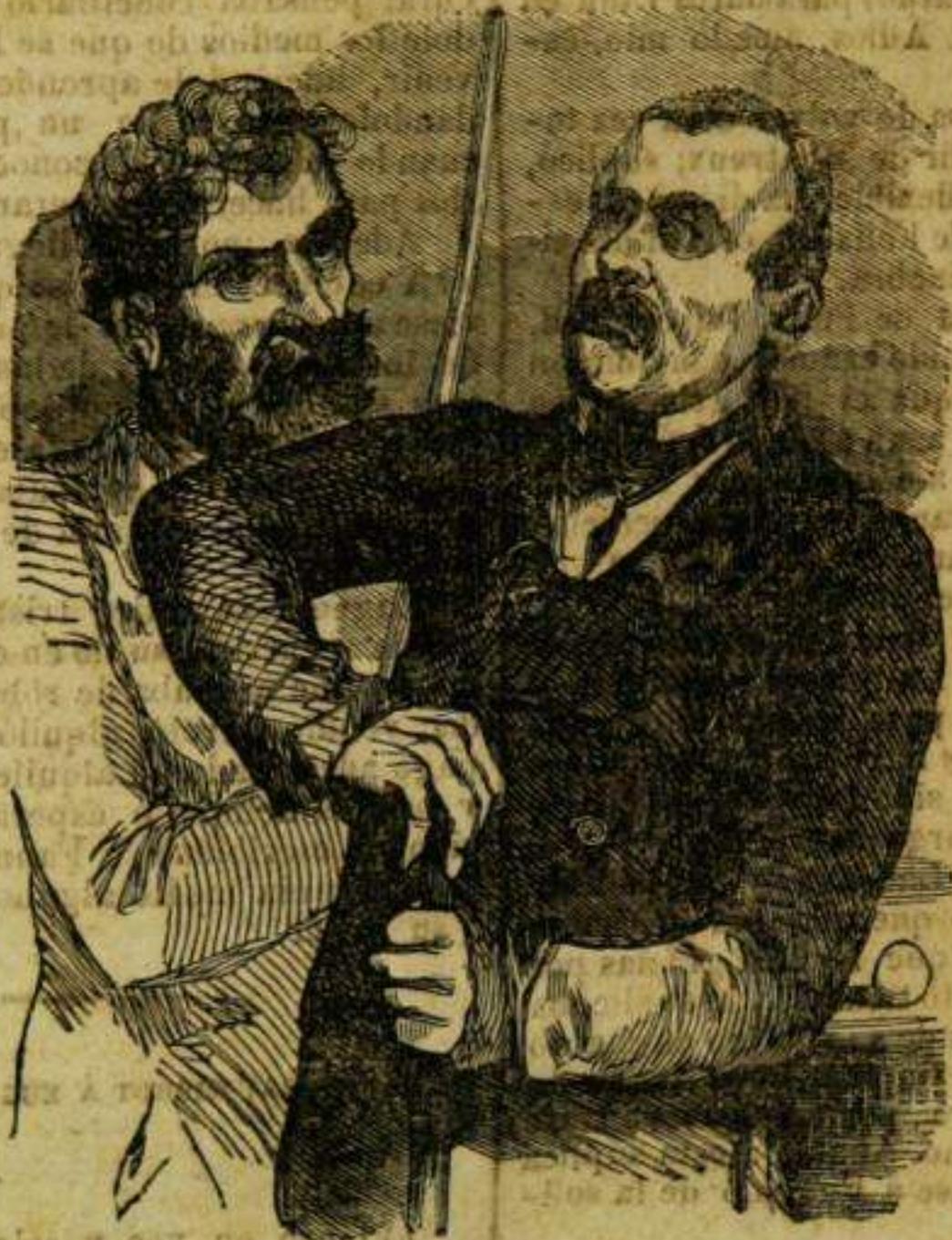
Vuestro tio ha venido y ha pasado aquí el dia. He tenido que hacer un horrible esfuerzo para no incomodarle, y no estoy muy segura de haberlo conseguido. Han hablado de vuestro paso por este pueblo sin concederle importancia ninguna. No sé si los hombres serán así como yo soy, como somos casi todas las mujéres: pero para nos-

otras, cuando queremos, nada escita tanto nuestro odio y nuestro desprecio, como el amor de un hombre que nos es sagrada. Nos sería imposible tener mas desden con un ladrón ó con un falsario: es la nota mas alta de nuestro gamma. Un hombre que

partido es un medio con el cual no debemos contar.

Vuestro tío me ha hablado de reformas que está haciendo en su casa de Lausana...

Me ha consultado sobre muchas cosas, y como aludiera el darle mi parecer, para que



Los dos jugadores de billar de Lyon.

no nos agrada es el mas criminal de todos los hombres; y si nos hubieran confiado la redaccion del código penal, este crimen de seguro le hubiéramos colocado entre el envenenamiento y el parricidio.

Mi madre me ha regañado. He arrojado al aire algunas palabras contra este matrimonio, pero han sido tan mal acogidas, que el tratar de atraer á mi madre á nuestro

no pueda decir nunca que he consentido en ese ridiculo matrimonio, que él ha arreglado de acuerdo con mis padres, insistió mucho para saber de qué color queria que se vistiera el salon.

Mi madre se mezcló tambien en la conversacion y me apremió á que contestase. Diéronme ganas de imitar á la princesa del cuento de Paur-d'-Ane, que pedia á su padre

enamorado de ella un traje del *color del sol*, y de imponer á Mr. Eloy proezas, que pudieran impedir ó retardar el matrimonio. Por último dije, que en el tiempo en que habia estado en Ginebra habia visto un salon que me pareció encantador; que no recordaba bien cómo era, pero que escribiría á la amiga en cuya casa le habia visto.

Este pretesto es el que me proporciona la libertad de escribiros. Dejando las bromas á un lado, veo con cierto temor, que me será preciso declararme muy pronto y muy formalmente contra este matrimonio, y aunque conozco de antemano los regaños, las observaciones, la persecucion que van á caer sobre mi, no cedo. é y me conservaré para el que amo.

Dirigid vuestras cartas á la señorita Isabel, casa de Mr. Gautherot.

FANNY.»

EUGENIO MILBERT A FANNY GAUTHEROT.

«Vuestra carta, ángel mio, ha llegado bien á tiempo: estaba en uno de esos dias de abatimiento y tristeza. Desde que me separé de vos nada he conseguido: parece-me en la vida que llevo, que soy presa de algun mal sueño, en que me hallo frente á frente de un enemigo, lleno el corazon de cólera, sintiendo sin fuerza mis brazos, tirando golpes inertes con una espada que tiene la ligereza de una pluma: pero á la sola vista de vuestra carta, me siento fuerte y decidido como cuando estaba en Montreux.

Este papel, en el cual me escribis, y que guardais sin duda con vuestra ropa, tiene ese dulce y vago aroma que se aspira á vuestro lado, y que parece ser vuestro aliento: con este talisman he vuelto á recobrar todo mi valor y desde mañana voy á emprender un camino que me era en extremo desagradable. Dicen que el sendero de la virtud es estrecho, y pareceria que queria llegar á la felicidad por una ancha calzada, sombreada por corpulentos árboles: no consentiré en que me deis otra vez ejemplos de valor y de resolucion.

Me ha hecho reir vuestra idea de coger á mi tio por sus palabras de Amadis y de ponerlo á prueba. Si os veis en la precision de contestar en lo relativo al salon de vuestra amiga, hay en Rabelais las líneas que pueden sacaros del apuro. Hélas aquí:

«Pues por justa perspectiva, izaba un

color innominado que resaltaba maravillosamente á los ojos de los espectadores!...»

Pedid á mi tio una tela *precisamente* de este color. Esto os proporcionará todo el tiempo que os haga falta.

Y escribidme, ángel mio, tantas veces como podais, y decidme que os conservais para mí suceda lo que quiera. No porque dude de vos un solo instante...

¡Ah! ¿por qué mentiros? ¿Por qué ocultaros que sufro, cuando solo vos poseeis el secreto de curarme? ¡Oh! no pasa un momento sin que me acuerde de que todo me une á vos. Cuento los esfuerzos que harán para separaros de mí. Estais preparada para la cólera y las amenazas: pero sereis igualmente fuerte contra las suplicas y las lágrimas? ¿Y quién sabe cuantos años pasarán todavía antes de que yo pueda volver y decir á vuestro padre: amo á vuestra hija, y puedo ofrecerla una posicion honrosa?

Y si no llego á conseguir esto, debo condenaros á que paseis la vida esperándome; vos que tanta felicidad podeis dar, y que teneis tanto derecho para esperar.

.

Vienen á buscarme de parte de Mr. Launders, á quien mi tio me habia recomendado. Esperaba ir á verle mañana, aunque me recibió con tanta frialdad en mi primera visita. Termino esta carta. La entrevista que me pide solo puede tener relacion con mis asuntos; esto es, a proporcionarme colocacion. Corro á su casa.

Adios, ángel mio: estoy seguro de saber cuanto pensais en mí: débeme en este momento suceder algo bueno.

EUGENIO.»

Fanny no contaba á Milbert ni con mucho todos los disgustos que ya tenia, ni los muchos que para el porvenir preveia.

La criada de la casa vió salir á Eugenio la noche que los dos amantes se separaron. Y un dia que Fanny la regañó porque habia vuelto muy tarde a casa, la replicó:

—Es que las personas á quienes yo tengo que ver no vienen á buscarme por la ventana.

Fanny se puso tan pálida al escuchar estas palabras, que la criada asustada añadió:

—Tranquilizáos, señorita; nada he dicho ni nadie sabe nada.

Fanny en su turbacion, perdido al juicio, la puso en la mano cuanto dinero tenia. Desde este dia estuvo á merced de Isabel, obligada á atenuar sus faltas, á disculparla con Mad. Gautherot y á ayudarla en sus salidas á horas indebidas.

No tardó en apercibirse de cierto quebranto que experimentaba su salud, que en su ignorancia atribuyó á los pesares y disgustos que tenia.

Su madre la preguntaba muchas veces:

—Pero Fanny, ¿qué tienes? ¿por qué estás tan pálida? ¿estás enferma? ¿sufres?

Pero una mañana Isabel la dijo:

—Señorita, es menester tomar un partido: dentro de poco no podremos ocultar á vuestra madre...

—¿Qué, Isabel?

—Señorita... queréis reiros de mí...

—No tal.

—Cómo: ¿no sabeis?...

—¿Pero qué he de saber?...

—Lo que tenemos que ocultar á vuestra madre.

—Isabel...

—Pero señorita, el estado en que os encontráis, solo para vos es un misterio.

—Pero Dios mío, ¿qué me queréis decir con eso, Isabel?

La criada se acercó á Fanny y la dijo algunas palabras al oido.

Fanny la miró como espantada, y cayó desmayada. Cuando volvió en sí escribió á Milbert:

«No por el correo, sino por un propio, recibireis esta carta: todos nuestros proyectos están destruidos: todo ha variado: Es preciso que llegueis esta noche á Montreux: que yo huya con vos: que desaparezca hasta el dia en que pueda presentarme como vuestra mujer. Venid pronto, vuestra triste Fanny sufre un horrible martirio de temor y de vergüenza. Venid, venid á salvarla.»

Puso un pretexto cualquiera para no bajar á almorzar. Sus padres comian aquel dia en casa de Mr. Rignoux. Pasó todo el dia encerrada en su habitacion, agitada por una violenta fiebre; unos momentos sentada y sumergida en una profunda atonia, otros recogiendo y guardando precipitadamente en una cajita los objetos que la eran indisá pensables para su fuga.

El propio volvió; Fanny dijo á Isabel que la dejara sola. No queria que leyera en su rostro la horrible angustia que sentia. Isabel salió de mal humor.

—Señorita, dijo el hombre; el señor no estaba allí; pero aqui teneis una que iban á

poner en el correo para vos. Me he encargado de traerla.

Fanny la cogió temblando y rompió el sello, con la emocion que debe sentir el hombre que apoya el dedo en el gatillo de la pistola que tiene apuntada á su frente.

Hé aqui lo que decia:

«Dentro de algunas horas salgo de aqui: Mr. Launders me mandó á llamar para proponerme una mision importante: si lo lleva á buen término, será un buen negocio. Me pondré en camino de ganar algun dinero y de tener una posicion independiente de aqui á uno ó dos años. ¡Adios, ángel mio, adios, esposa mia! Marcho lleno de valor y de alegria; voy á Francia; primero á Lyon despues á Paris. Adios.»

Fanny quedó aterrada por algunos momentos; despues dijo al hombre:

—Está bien.

Le pagó y se marchó. Isabel entró en seguida, diciendo:

—¿Y bien, señorita?

—Todo se arreglará; dejadme sola.

Sola ya, la pobre jóven examinó todo lo que tenia de horrible su situacion. En su turbacion no habia pensado que se comprometia, hablando de aquel modo al hombre que la habia llevado la carta. Este hombre é Isabel sabian ya su secreto. Y además, ¿no lo sabia tambien todo el mundo?

Recordaba las palabras de la criada:

—Solo vuestra madre y vos lo ignorais.

Habia, pues, oido hablar de ello: sabia que otros se habian apercibido: cada dia habia nuevos confidentes, y luego, al fin, ¿qué hacer? La fuga solo era posible con Milbert. Pero ha marchado, y ha marchado feliz! Pobre jóven, sola, sin apoyo, sin consejos, sin ayuda, sin socorro!... Su padre la mataria. Su madre no se lo ocultaria á su marido.

La conclusion de todos estos pensamientos era esta:

—¡Estoy perdida!

Y luego añadia:

—¡Pero es imposible! ¡es un sueño horroroso! ¡Tantos acontecimientos en un dia! ¡No pasa esto en la vida real! voy á despertarme.

Pero no, ¡todo es verdad! ¡estoy perdida, deshonrada! sola y abandonada de Milbert. ¡Oh! Dios mío, ¿cómo lo que tan feliz me hubiera hecho dentro de un año acaso, hoy es un motivo de desesperacion y una sentencia de muerte?

Lloró, y dijo:

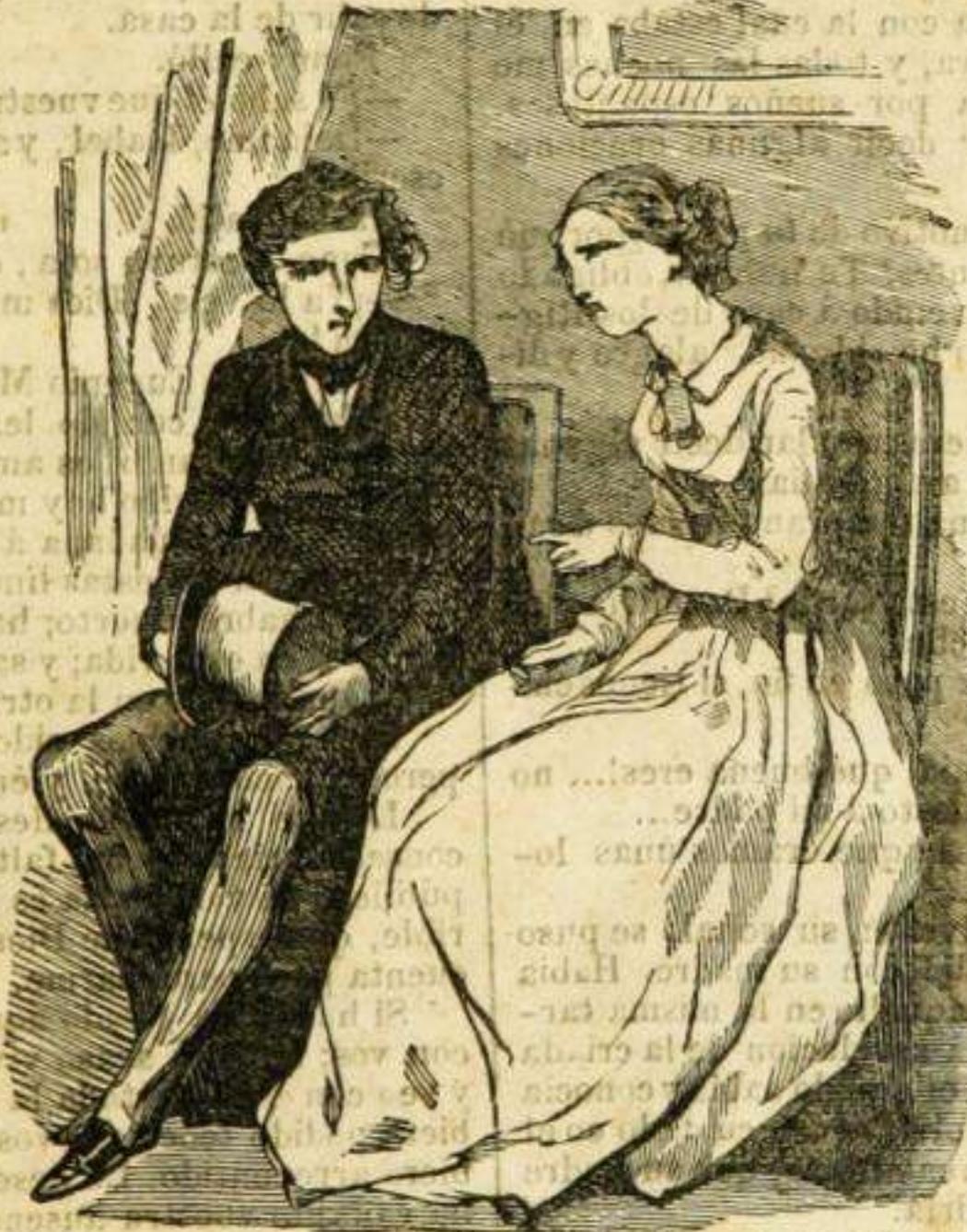
—Si, esa mujer, esa odiosa confidente, ese hombre, todo el mundo; no me atreveré á salir de la casa.

¡Y mi madre!... nunca me presentaré delante de ella. ¡Me maldeciría! ¡me echarían de casa! ¡no tengo mas asilo que el seno de Dios! ¡y acaso este mismo no me rechazará? ¡No hay un solo deber al cual no haya faltado! Por un nuevo crimen escapó á mi castigo sobre la tierra.

por los escomulgados, ni por aquellos que se han despojado á sí mismos violentamente de la vida.

¡Oh! ¡Dios mio!... ¡con que hasta la Iglesia me niega sus oraciones!... ¡quién rezará por mí!

Lloró mucho: luego levantó la cabeza;



Hé aquí de lo que se trata: mi madre no puede acostumbrarse á la idea de una comida en que se sienten trece á la mesa.

Abrió su libro de oraciones para buscar algunos pensamientos sobre la muerte y sobre la misericordia de Dios, y leyó:

ORACION
PARA LA SEPULTURA DE LOS MUERTOS.

Esta oración no debe decirse por los que mueren sin haber recibido el bautismo, ni

repasó de nuevo en la memoria toda la vergüenza y toda la desgracia que se habia acumulado sobre ella y dijo:

—¡Dios mio! ¡bien veis que es preciso morir!

Mad. Gautherot entró en el cuarto de su hija: hacia algunos dias que la veía pálida, abatida, esto la inquietaba y aun mucho mas la inquietó el hallarla bañada en llanto. La abrazó, la besó y la preguntó

afectuosamente qué tenía. A Fanny le asaltaron vehementes deseos de arrojarle á sus piés y confesárselo todo; pero su madre añadió:

—Dime lo que tienes, hija mia, pues que estoy segura que nada tienes que reprocharte de esas cosas que una madre no puede perdonar. Estoy segura que todo ello será alguna exageracion tuya.

Vamos... vamos, pensó Fanny, no mas cobardia; es preciso morir.

—Madre mia, dijo: he sabido la muerte de una amiga mia con la cual estaba en el colegio en Ginebra, y todas las noches me veo atormentada por sueños espantosos. Quisiera mandar decir algunas oraciones por ella.

—¿Y ese es el motivo de tu pena? ¿por qué no lo has dicho antes? Te hubiera obligado á que hubieras venido á casa de los Rignoux: el almuerzo ha sido muy alegre y divertido.

—¡Madre, quisiera mandar decir algunas oraciones por esa amiga mia!

—Bueno: mañana temprano iremos á casa del señor cura.

—¿Y por qué no esta tarde? Dormiria mucho mejor esta noche.

—Es muy tarde: pero en fin, si tienes empeño...

—¡Oh, madre mia, qué buena eres!... no hablarás por su puesto á mi padre...

—No tal, nos diria que éramos unas locas. Despachemos.

Fanny se envolvió en su schal, se puso su sombrero, y salió con su madre. Habia insistido en hacer aquello en la misma tarde, porque desde la revelacion de la criada parecia que todo el mundo sabia y conocia su vergüenza. Envolviase con cuidado en el schal, y tan aprisa caminaba, que su madre apenas podia seguirla.

Llegaron á casa del cura, que iba á acostarse. Mad. Gautherot le esplicó el objeto de su visita.

El ministro dijo que nada de lo que pedian era imposible, y que lo podría hacer por las tardes, y mejor á la oracion.

Fanny pensó con triste satisfaccion que ella no hubiera podido salir á otra hora.

Dieron las gracias al cura, y volvieron á casa sin que Mr. Gautherot hubiera notado su ausencia. Fanny abrazó á su madre convulsivamente, y esta lo atribuyó á reconocimiento por el paso que acababan de dar.

—¡Pobre madre! dijo cuan lo estuvo sola; ¡si supiera que por quien ha mandado rezar es por su hija!

Isabel entró con pretexto de desvan-darlos.

—¿Con que venis de casa del señor cura, señorita?

—Sí.

—Segun eso todo irá bien.

—Sí, Isabel, todo va bien.

—¿Vuestra madre consiente en la boda?

—Así parece.

—Me alegro, porque... mirad, ya es cosa que puede decirse; pero la gente hablaba de un modo que hasta ganas me han dado de salir de la casa.

Fanny calló.

—¿Y sabe él que vuestra madre consiente?

—Dejadme, Isabel, y acostáos; tengo que escribir.

Isabel salió.

Cuan lo estuvo sola, dijo Fanny:

—¡Ya lo veis, Dios mio, es preciso que muera!

Escribió á Eugenio Milbert:

«Eugenio, cuando leais esta carta, el corazon que tanto os amaba habrá dejado de latir; os escribo hoy miércoles, á las diez de la noche; mañana á la misma hora, la mano que traza estas lineas está helada; mañana habré muerto; habré espiado nuestra falta en esta vida; y sabré qué espiacion debo aun á Dios en la otra.

Eugenio, hemos sido muy culpables; pero os amaba tanto, y érais tan feliz!

Lo que he sufrido desde que conocí las consecuencias de mi falta, desde que fué pública; mi vergüenza es de tal modo horrible, que espero que Dios me lo tomará en cuenta para perdonarme.

Si hubierais estado aquí, hubiera huido con vos; hubiera acaso vivido en el crimen, y veo con espanto toda la felicidad que hubiera podido tener con vos; acaso no me hubiera arrepentido. La desesperacion que me ha causado vuestra ausencia, es tal vez un alto juicio de Dios, que ha permitido que muera arrepentida y castigada.

Eugenio, os he querido bien; la ligereza de mi carácter en nada afectaba á la ansiedad de mi corazon; rogad por mí. Si Dios me perdona, yo oraré por vos en el cielo.

FANNY. »

Pasó el resto de la noche pensando en la muerte: iba imaginándose sucesivamente el momento en que encontrarasen su cadáver; —habia resuelto arrojarle al lago; —la desesperacion de sus padres y de Milbert; —suplicaba á Dios para que la permitiera ver estas penas y calmarlas.

Luego miraba á su cuerpo y se creia muerta:

—Moriré, se decia; quedaré fria, yerta, insensible!

Y lloraba, y volvía á pensar en su madre, y recordaba las palabras de Isabel, y se decia:

—Es preciso morir; es preciso morir.

Al amanecer se durmió rendida.

Cuando despertó, se figuró por un momento que cuanto habia pasado la vispera era un sueño; pero ordenó sus ideas, y la horrible realidad apareció toda entera; recordó toda su vida, en particular desde que Milbert la vió por primera vez; fijáronse sus ojos en aquella mesa, en la que habian comido juntos:

—¡Oh! dijo; esto va á aumentar aun la preocupacion; á pesar de la separacion se dirá: éramos trece, y uno tenia que morir en el año.

—¡Muerta! volvía á decir; ya no hay mañana; hoy mismo... ¡pobre madre mia!

Y un estremecimiento de horror recorrió todo su cuerpo.

Veinte veces en el dia pensó en su madre; quiso confesarla todo; veinte veces estuvo á punto de bajar... y otras tantas volvió á caer en un sillón, mas espantada aun de lo que tenia que decir, que de su misma muerte.

En la comida su padre la dijo:

—Espero que tu turbacion habrá desaparecido.

Su madre la dijo:

—Se lo he dicho todo á tu padre, y no me ha reñido.

Y Fanny pensó que si hubiera dicho la verdad á su madre, esta se lo hubiera dicho al padre, como le habia dicho lo demás.

—Esperaba hoy á Eloy, añadió Mr. Gautherot; probablemente no le veremos hasta mañana.

--No me verá, se dijo Fanny; no verá mi vergüenza.

Despues de comer anunció que iba á la iglesia.

—¿Quieres que te acompañe, Isabel? preguntó su madre.

—Gracias, madre mia; prefiero estar sola. Abrazó á su madre con efusion y tambien á su padre, aunque no tenia costumbre de hacerlo; luego salió.

Poniase el sol y el lago estaba sembrado de reflejos azules, y amarillos y color de púrpura.

—¡Oh! Dios mio, dijo; ¡este lago que tanto he admirado, debia ser mi sepúlcró!

Se estremeció y se apoyó contra un árbol.

—¡Qué bella es! qué majestad la de la naturaleza! ¡Qué hermoso cuadro de felicidad y de amor!

Entró en la iglesia; el sacerdote no habia llegado todavia, pero tardó poco en llegar.

No habia nadie en la iglesia mas que una anciana que murmuraba en voz baja algunas oraciones.

Encendieron dos velas, y el sacerdote comenzó las oraciones del culto protestante.

La iglesia de Montreux es tanto por dentro como por fuera de una noble sencillez; la bóveda está formada por arcos góticos pintados de color gris, no sé por qué, siendo blanco el resto del edificio. A mitad de la altura corre una galería con balaustrada; hay un buen órgano y con púlpito, tallado en madera; pero esta noche estaba vacía y silenciosa.

Hé aquí las palabras del sacerdote:

«¡Oh! Dios todo poderoso y misericordioso; no nos libras de los dolores de una muerte eterna. Sénos propicio, Dios mio; no permitas que en nuestra última hora nos separemos de tí, sea el que sea el dolor de muerte que sintamos.

Y puesto que place á Dios, en su gran misericordia, el retirar el alma de nuestra querida hermana, depositemos su cuerpo en el sepúlcró, y vuelva la tierra á la tierra y el polvo al polvo.»

Y luego cantó:

«Bienaventurados los muertos porque ellos descansan.»

«Señor, apiadáos de nosotros.»

«Dios Todopoderoso, con quien viven los espíritus de los que mueren, dámoste gracias porque has querido sacar á nuestra hermana de las desgracias y miserias de esta vida y de este tiempo.»

«No debemos afligirnos por los que descansan en la paz del sepúlcró, como si no tuviéramos ya esperanza.»

«Venid los elegidos del Señor á poner en herencia el reino que os tiene preparado desde la creacion del mundo.»

Estas últimas palabras, que son las postreras del oficio de difuntos, en la liturgia protestante, fueron pronunciadas por el sacerdote con voz llena y majestuosa, en tanto que el resto lo habia dicho dulcemente.

Fanny, cuya cabeza estaba ya turbada por las terribles emociones que la agitaban, creyó oír la voz de Dios que la llamaba: salió de la iglesia, pálida, repitiendo convulsivamente las oraciones que aprendiera en la infancia.

Era ya de noche.

Bajó por el camino que lleva á la carre-

retera de Ginebra, y desde allí vió el lago tranquilo, negro, silencioso. Un instintivo horror se apoderó de ella y cayó de rodillas.

—Adios, Milbert, adios, dijo.

Y luego añadió:

—Dios mio, tened piedad de mí.

Y sin detenerse á mirar mas el abismo que la iba á servir de sepultura, cruzó los brazos sobre el pecho y se lanzó al lago.

Suelen los poetas ordinariamente referir en las escenas de este género, que la naturaleza estaba de duelo, que el cielo se habia encapotado, y que el viento doblaba las ramas de los árboles.

Historiador verídico, me veo obligado á decir que la noche estaba bella y serena; que las estrellas continuaban brillando: que la madre-selva del atrio de la iglesia de Montreux no cesó de exhalar su perfume, y que un ruiseñor oculto entre las flores y el ramaje, no interrumpió la comenzada canción amorosa que entonces lanzaba al viento y á la soledad.

A los ojos de la naturaleza, la mas hermosa mujer del mundo que desaparece en las aguas del lago de Ginebra, no es mas ni menos que la mosca que se ahoga en un vaso de agua.

SEIS MESES DESPUES.

Seis meses mas tarde, Eugenio Milbert llegaba á Lyon en la diligencia, y no hallaba asiento para la que debia salir al dia siguiente para Ginebra. Veinte veces le asaltó la idea de marchar á pié, pero pensó que no por esto llegaria mas pronto. Entró en un café para pasar allí la tarde: sentóse en un rincon: pidió cerveza y encendió un cigarro; extraño é indiferente á cuanto pasaba á su alrededor, y enteramente entregado á sus recuerdos, á sus temores y á sus esperanzas.

Dos hombres jugaban al billar.

Milbert los miró un momento sobre todo para comprender el sentido del lenguaje extraño que heria sus oídos por primera vez.

Suscitóse á poco una cuestion sobre una jugada y convinieron en someterse al parecer de los espectadores. Uno de estos era Milbert, que hacia ya mucho tiempo que no prestaba atención al juego.

—Caballero, ¿quereis decirnos vuestra opinion sobre el golpe que se disputa? le dijo uno de los jugadores.

—Caballero, no lo he visto.

—¡Es imposible!

—Digo, caballero, que no lo he visto.

Milbert se levantó, pagó y continuó fuera fumando su cigarro y entregándose á sus sueños. Acabado aquel quiso encender otro, vió en la sombra como una pequeña luz roja á unos cinco piés del suelo: pensó que era la punta de otro cigarro, cuyo fumador no veia. Se dirigió á este astro, como los reyes magos á la estrella que los guió á Belen. No tardó en alcanzarla y dijo á la persona que suponía detrás del cigarro:

—Caballero, ¿me haceis el favor del fuego?

La estrella roja bajó poco á poco hasta dos piés y medio del suelo, y una voz que salia de la altura á que antes habia brillado la estrella, dijo con voz ronca:

—¡Ah! ¡pardiez! ¡estais aqui! ¡me alegro encontraros!

Milbert comprendió que su interlocutor se habia quitado el cigarro de la boca y que lo tenia en la mano.

—Es posible, respondió; ¿pero por qué me reconocais?

—¿No estabais hace poco viendo jugar al billar?

—Precisamente.

—¿Y no os han hecho una pregunta sobre una jugada?

—Por la misma me he salido del café.

—Pues ahí teneis por qué os buscaba.

—¿Para qué?

—Para decirnos que sois un impertinente.

—Y yo huia de vos por no veros ni oiros.

—¡Ah! ¡sois un insolente!

—¡Caballero!

La estrella roja cayó al suelo y se apagó, porque la mano que la sostenia tenia que hacer otra cosa.

Estendióse hácia adelante como para dar un bofetón á Milbert, pero solo alcanzó al sombrero.

Eugenio se lanzó sobre su interlocutor: salieron del café y los separaron.

Se convino en que al dia siguiente arreglaran un par de sables aquel asunto.

A la mañana siguiente Milbert fue herido, y desde la cama escribió á Félix Dupont la siguiente carta:

«Mi querido Félix: Estoy de vuelta en Lyon tan poco adelantado como cuando dejé á Ginebra, donde un bribon me ha dado un tajo esta mañana, desgarrándome de paso mi frac gris, sobre el cual no podré ya tener incertidumbre ninguna, fijando mi eleccion en el frac azul.

Nada me ha salido bien: he dejado á París y no he dado noticias mías á Mr. Saunders. Antes de tomar una resolucion, es preciso que sepa y pronto lo que ha pasado

durante mi ausencia: envíame correo por correo las cartas que hayan venido dirigidas á mí.

Siempre tuyo.

EUGENIO.»

FELIX DUPORT Á EUGENIO MILBERT.

Espero que tu herida no será peligrosa: de no ser así, dejaria todo por ir á tu lado: haz el favor de decirme sobre este punto la verdad.

Adjuntas son dos cartas que llegaron poco despues de tu marcha, la primera es un propio, la segunda dos dias despues por el correo.

Tu tio ha enviado mas de veinte veces á pedir noticias tuyas. Mr. Saunders contestó primero que estabas en Francia, sin decir en qué punto, que las instrucciones que llevabas te debian hacer recorrer muchos, y luego que no sabia dónde estabas. Vino en persona á suplicarme que le entregase estas cartas que habia recibido para ti.

Como habia previsto que insistiria me limité á negarme simplemente, diciendo que no habia recibido carta ninguna.

—Estoy seguro, me replicó, que se han enviado dos cartas.

—Y yo estoy seguro de que no han llegado.

Se marchó diciendo muchas veces para sí: ¡Es extraño!... ¡Es extraño!...

Unida á esta carta de Félix Duport iban otras dos de Fanny Milbert. Despues de haberlas leído se levantó bruscamente de la cama, quiso vestirse y marchar, y cayó sin conocimiento.

Vuelto en sí, escribió á Duport:

«Te envío las dos cartas que me incluías; léelas y juzga de mi desesperacion. He querido marchar y me ha sido imposible: al salir de la cama he caído sin movimiento ni fuerzas. En nombre del cielo, corre á Montreux: ve á asegurarte de esta horrible desgracia que todo me confirma y anuncia que es cierta, y escribe, escribeme pronto. No me ocultes nada; no pierdas un instante: te lo ruego hasta de rodillas.»

Enviada ya la carta, se apoderó de Milbert una calentura tan violenta, y á consecuencia de esta tal delirio, que pusieron en peligro su vida: hablaba de Fanny: de su matrimonio, de si habian venido cartas para él, y llamaba á Félix.

Cuando se tranquilizó algo, le entregaron una carta llegada hacia dos dias: era de Félix Duport.

FELIX DUPORT Á EUGENIO MILBERT.

«¡Cálmate! ¡consuélate! la tragedia no ha tenido quinto acto; no ha habido catástrofe; nadie ha muerto; llego de Montreux, donde he reunido las noticias que voy á producir.

Me apeé en la posada única, que creo hay en el país. Pedí de comer, é hice charlar al posadero sobre diversas cosas. Despues le pregunté si podia decirme la verdad, sobre ciertas cosas que me habian contado de la familia Gautherot.

—¡Oh! sobre eso se habló mucho hace unos cinco ó seis meses, pero probablemente me engañaria si tratara hoy de volver á contarlo.

—¿Pero no le sucedió ninguna desgracia á la hija?

—¿A la señorita Fanny? A lo que dicen le han sucedido muchas; pero yo no salgo garante de ninguna; la última que cuentan es la de haber caído en el lago de donde sacó un viajero ya medio muerta. Otros dicen que se tiró voluntariamente; pero yo no vi tanto como se decia. Por lo demás, si teneis curiosidad de saber mas sobre este asunto, preguntad en Ginebra por la señora Isabel, criada en casa de los señores Philippeaux, la cual, por la fecha de que hablamos, estaba sirviendo en casa de los Gautherot.

Te envío esta con lo que he visto; en una segunda te anunciaré lo nuevo que sepa por la señora Isabel.»

FELIX DUPORT Á EUGENIO MILBERT.

He dado por fin con la Isabel, y hé aquí su historia:

«Caballero, me ha dicho; habia notado que Mr. Milbert, el sobrino, venia todas las noches á ver á la señorita y que subia por la ventana; la pobre niña, á pesar de esto, era la inocencia personificada; pues os aseguro que su asombro fué no pequeño cuando supo el estado en que se encontraba.

Escribió á Mr. Milbert, pero este habia marchado; nada supe despues, porque á mí solo me decia que todo iba bien, que todo se arreglaba, que iban á casarse. Estaba mas tranquila que nunca, aunque algo mas palida; pero la pobre hacia ya algun tiempo que habia perdido los colores.

Por la tarde, despues de comer fué á la iglesia: llegó la noche y no volvió; pero tal tardanza no me inquietaba, porque me decia: vamos, largas son hoy las oraciones.

La Sra. Gautherot se acostó y me dijo:
—Isabel, ireis luego á buscar á Fanny á la iglesia.

Cogí un farolillo y me encaminé hácia allá: estaba cerrada y empecé á creer que la señorita habria pasado á mi lado sin verme, cuando senti que me tocaban en el hombro y me llamaban por mi nombre.

—Isabel, me dijeron: ¿sois vos?

—Sí, señor Eloy, contesté: porque habia reconocido á Mr. Eloy Milbert, tio.

—Está bien, me contestó: esperadme, y no hagais ruido: Vuestra señorita está mala, y la voy á llevar á casa ayudado de un hombre que he encontrado en el camino. Es preciso que entremos en casa sin ser vistos de nadie.

—¡Oh! Dios mio; nada hay mas fácil, pues todo el mundo está durmiendo.

Se marchó y volvió con un hombre que sostenia ó mas bien llevaba á la señorita Fanny: esta iba envuelta en una gran capa de Mr. Milbert.

—Tomad, dijo á este hombre, aqui tenéis, esto es para vos; id á buscar mi caballo y llevádmelo á la posada. Cuidado con hablar á nadie de lo que habeis visto.

Entre los dos llevamos á la señorita.

—Es preciso, me dijo Mr. Milbert, callentar inmediatamente una cama y acostarla.

—Le obedecí, y solo cuando le quité la capa en que venia envuelta para desnudarla, ví que estaba toda la ropa empapada en agua.

—Habrá sin duda caído en el lago paseándose, me dijo Mr. Milbert, ¿está tan oscura la noche!

Y al decirme estas palabras me puso tres luises en la mano. Comprendí que lo que me decia no era lo que él realmente creía, sino lo que deseaba que yo creyese.

La contesté:

—Sí, está muy oscura.

Cuando estaba acostada recobró poco á poco el sentido y me dijo algunas palabras sin ilusion.

Mr. Eloy me encargó que le dejara solo con ella. Hícelo sin dificultad, despues de haber encendido un gran fuego:—porque Mr. Milbert estaba tambien muy mojado.

Hablaron casi toda la noche. Quise oír lo que decían; por supuesto que solo por interés hácia la señorita; pero nada pude entender. Solo oí que lloraba mucho.

Al amanecer Mr. Milbert se marchó, diciéndola:

—¡Vaya! tranquilizáos: yo me encargo

de todo. La cogió una de las manos y se la besó. Al salir me dijo:

—No me habeis visto; ¿entendeis?

Al dia siguiente Mr. Milbert llegó como si viniera de Lausana. Mr. Gautherot habia salido temprano, segun tenia costumbre. Cuando volvió, entró diciendo: vuelvo tarde, porque me han estado contando una historia rara por demás. Se habla de una jóven á quien han sacado del lago. Hay en verdad padres que nada ven, oyen ni entienden.

Mr. Milbert hizo seña á Mr. Gautherot de que callara, y me mandó salir; me quedé escuchando á la puerta.

—¿Sabeis, dijo Mr. Milbert, quién es esa jóven de que se habla?

—No, dijo Mr. Gautherot.

—Pues bien, es vuestra hija.

Mad. Gautherot lanzó un grito al oír estas palabras. Mr. Gautherot quedó como herido de un rayo; yo, pensando que alguien venia me alejé por temor de que me sorprendiesen escuchando.

Esto es cuanto pude saber por mí misma, añadió Isabel. Pocos dias despues, los señores y la señorita atravesaron el lago y marcharon á Italia.

—¿Pero y qué fué de Fanny? le pregunté?

—No sé á punto fijo; me han dicho que volvieron á los pocos meses, y que viven ahora todos en casa de Mr. Milbert; que la señorita Fanny es su mujer, lo cual acaso no tiene nada de extraño, porque cuando á un viejo se le mete una cosa en la cabeza, es peor que un chiquillo terco.—Algunas personas creen que ella se lo confesó todo, y que él se habia casado con ella para salvar su honor, lo cual es algo inverosímil.

Hé aqui, mi querido Eugenio, todo cuanto puedo decirte sobre tu novela, cuyo final no corresponde en verdad por lo dramática al principio y enredo de ella. No te apures ni aflijas demasiado por la infidelidad de una mujer, que acaso no ha podido hacer mas que lo que ha hecho.

¿Qué vas, qué piensas hacer ahora? Creo que no lo sabes. Vente y hablaremos. Es muy posible que esa jóven que ha llegado á ser tia tuya tenga un hijo que te desherede. Creo sin embargo que tu tio no te abandonará. Acaso, por el contrario, aproveche la ocasion que se le presenta de reparar esa especie de injusticia que ha cometido para contigo.

Es tuyo siempre

FÉLIX.»

Apenas había marchado esta carta llegó Mr. Eloy Milbert á casa de Felix Dupont.

—Caballero, le dijo desde la puerta: ¿es verdad que está aquí mi sobrino?

—No señor, está en Lyon con una estocada y le acabo de escribir en este momento.

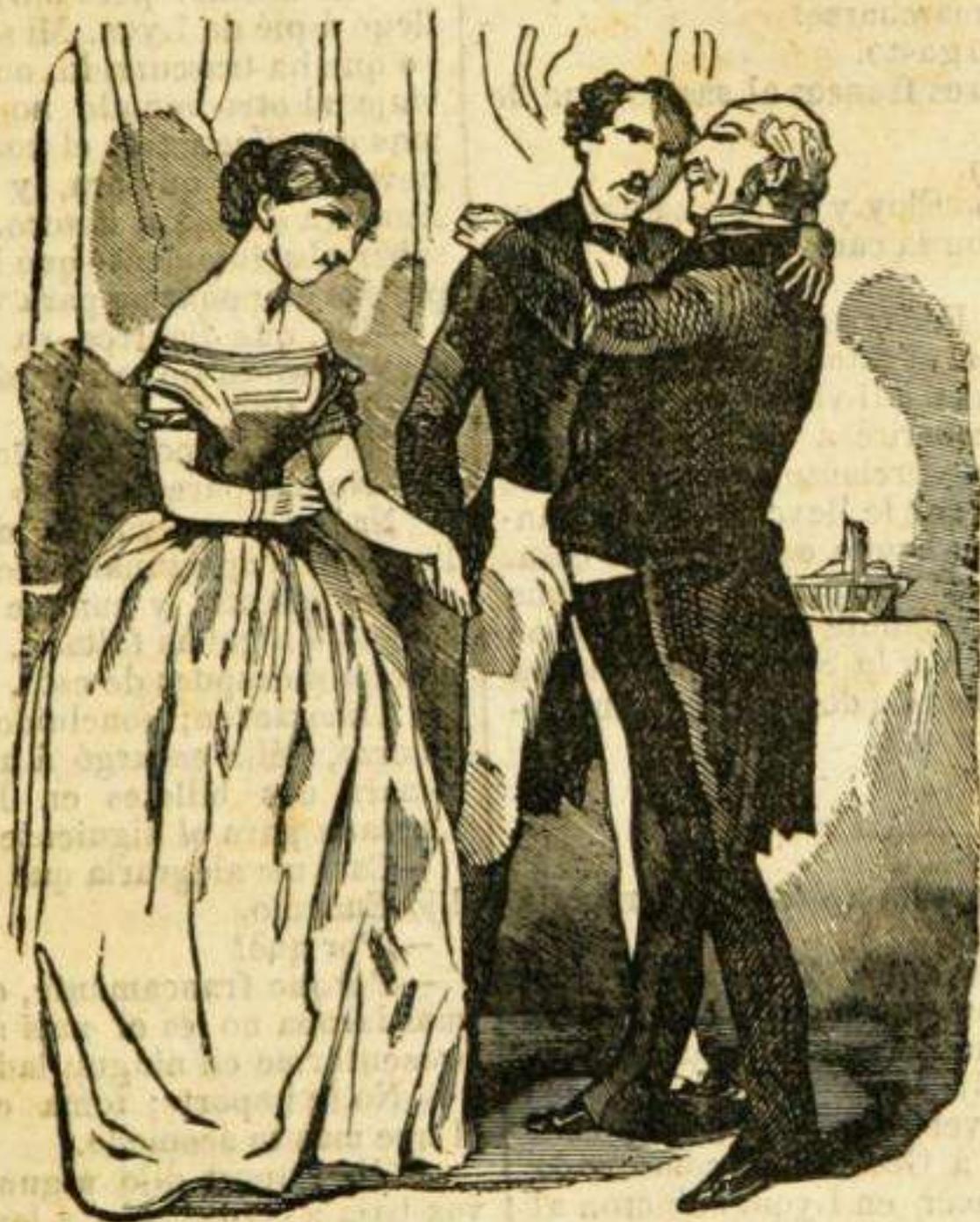
—Ni yo tampoco.

—Es menester que nos los procuremos; pero es muy probable que no nos los den hasta mañana por la mañana, en cuyo caso podremos ir en la diligencia.

—Voy á encargár los asientos.

—Y yo á buscar los pasaportes.

Al día siguiente por la mañana salieron



Eugenio se separó de su amada para arrojarse en brazos de su tío.

—Caballero, es preciso que vayamos á Lyon inmediatamente.

—En seguida, si lo quereis así.

—¿Quereis encargáros de que nos pongan ineditamente una silla y caballos de posta?

—Con mucho gusto.

—¡Ah! ¡Diantre!... ¿y pasaportes?

—¿No lo teneis?

—No,

de Ginebra; al otro bien temprano se apeaban en la fonda de España en Lyon.

—¿Mr. Milbert?

—Ha marchado.

—¿Cuándo?

—Ayer tarde.

—¿Á dónde ha ido?

—A América.

—¿A América?

—Así nos lo ha dicho.

—¿No ha dejado nada?

—Una carta con sobre para Mr. Félix Duport, para que se ponga en el correo. José, ¿habeis llevado al correo esa carta de Ginebra?

—Todavía no.

—Caballero esa carta es para mí.

—Dispense Vd., pero...

—Aquí está mi pasaporte.

—Pues bien; ¿quereis encargarnos igualmente de un vestido viejo que ha dejado aquí, el cual habia dado á componer y no ha recogido al marcharse?

—Con mucho gusto.

—Se deben tres francos al sastro que lo ha compuesto.

—Aquí están.

Cuando el tío Eloy y Félix estuvieron en la calle, abrieron la carta.

Decía así:

«Mi querido Félix; estoy desesperado, y me marchó: no sé si estabr mas triste cuando la creia muerta. Mi vida no tiene ya objeto. Nunca recurriré á mi tío, á quien aborrezco. Un comerciante quiere llevarme á América para que le lleve los libros, tanto á bordo de su buque como en su casa. Marcho dentro de algunas horas, aunque no estoy completamunte curado. Acaso no vuelva nunca á ver la Suiza. No olvidará jamás las pruebas que de tu amistad ha recibido tu amigo

«EUGENIO.»

El tío Eloy parecia aterrado, y repetía sin cesar:

—¿En América!

—Me place semejante resolucion, decía Félix: volverá sano y curado de su amor.

—¿Ah señor! dijo el tío.

Vinieron á advertirles que la diligencia volvia á marchar á Ginebra, y como nada tenían ya que hacer en Lyon, subieron al carruaje.

Pasó un año, durante el cual las cosas siguieron su curso ordinario. Félix Duport habia sucedido á su padre en su casa de comercio, y realizaba muy buenos negocios. El tío Eloy le escribia de cuando en cuando:

«¿Teneis noticias de mi sobrino?»

A lo que el otro respondia:

«Todavía no.»

Un dia llamaron en casa de Félix.

—Tengo que hablar á Mr. Félix Duport.

—¿Y á quien anuncio? preguntó un criado á quien se dirigian las anteriores palabras.

—Decid solamente que hay una persona que desea verlo, sin necesitar que la anuncien.

Marchó el criado, y á poco Félix Duport salió á buscar al fo. astero que deseaba hablarle. Vióse obligado á preguntar á Milbert, pues era él, quién era: tan delgado, flaco y cambiado se presentaba á su vista. Su frac azul estaba tambien en un estado deplorable.

—Eugenio; ¿tú aquí de esa manera?

—El mismo: pero mira, tengo hambre: llego á pié de Lyon. Mi suerte, en el tiempo que ha trascurrido, no ha cambiado. Mi viaje al otro mundo no me ha producido mas que disgustos: el comerciante que me llevaba hizo quiebra, y me encontré en América solo, sin dinero, sin amigos y sin saber absolutamente qué hacer. Me ha sido preciso empeñarme para volver á Europa.

—Eh, qué diantres, ya no hay que pensar en eso: tu tío te sacará de apuros.

—¿Mi tío?

—Sí tal, iremos á verlo.

—No me parece... dijo Milbert.

Nada temas: yo me encargo de todo: llegas mas oportunamente de lo que tú te puedes figurar, y aunque él cree que has cometido algunas faltas... En fin, ya hablaremos despues de esto.

Almorzaron; concluido que fué el almuerzo, Félix encargó á un criado que les tomara dos billetes en la diligencia de Lausana para el siguiente dia.

—Casi me alegraria que no los hubiera, dijo Eugenio.

—¿Por qué?

—Porque francamente, el estado de mi guardaropa no es el mas á propósito para presentarme en ningun lado.

—No te importe; toma entre mis trages el que mas te acomode.

Félix Duport dijo algunas palabras en voz baja á otro criado, á las que este contestó con aire misterioso:

—Está bien.

Pasaron en seguida al cuarto de Félix: Eugenio tomó una camisa, un pantalon, un sombrero y demás prendas necesarias para vestirse; pero Félix habia engordado bastante y su ropa era demasiado grande para Eugenio.

Entonces se acordó del trage y del frac gris dejado en Lyon por su amigo cuando marchó á América.

—Afortunadamente está aquí tu frac gris: me lo dieron en Lyon cuando fui á buscarte allá con tu tío.

—¿Oh! cuánto me alegro.

Púsose el frac en cuestion, y no paro-

ció hallarse en muy mal estado; tan deplorable era el del frac azul.

Media hora despues marcharon á Lausana.

Al pasar por Montreux, Eugenio hizo que parasen el carruaje por unos momentos para ir al pueblo.

El conductor consintió aunque no muy á gusto.

Nada habia cambiado: la enredadera del átrio tenia algunas flores: los jazmines y rosales estaban cubiertos de ellas.

«¡Cuántos y cuán hermosos sueños he formado aquí!»

Cogió una de las últimas flores de la enredadera y volvieron á bajar.

—Voy á ver á mi tia .. y á mi primo...

—Tu primo no está en Lausana... á Fanny creo que la encontraremos allí.

Milbert guardó silencio hasta que llegaron.

Era ya de noche.

Atravesaron las calles de Lausana sin hablar palabra.

—¡Oh Dios mio! dijo Milbert, ¿qué pasa en casa de mi tio? ¿No ves como está iluminada?

—Es verdad.

—Pero se oyen violines.

—Bailan hasta que llega la hora de cenar.

—Mira Félix, me hace daño el entrar en esa casa.

Félix habia llamado dos veces y le empujó hácia la casa sin contestar.

—¿A quién anuncio? preguntó el criado que les abrió.

—A Mr. Félix Duport y á un amigo suyo.

El criado hizo lo que le decian, y el tio Eloy salió al encuentro de los dos amigos. No era ya el antiguo coqueton con su peluca rubia. Habia *enarbólado* sus cabellos grises, y vestia un traje propio para su edad.

—Llegas á tiempo, Eugenio, le dijo: justamente hace falta una pareja para el rigodon: ven: me harás el *vis á vis*.

Y lo llevó consigo.

—¡Pero tio!

—Ven, ven, están ya empezando.

—¡Pero si llego de América!

—¡Paso, paso!

Y ya empujándole, ya tirando de él, el tio Eloy llevó á Eugenio delante de una señora que estaba sentada.

—Señora, la dijo; ¿gusta Vd. bailar con mi sobrino?

La señora aceptó y siguió el baile.

Milbert lo embrollaba todo y no compren-

dia nada de lo que pasaba; parábase á la mitad de un paso, y volvía á bailar como si despertase sobresaltado.

Concluido el rigodon, su tio la cogió por un brazo, y seguidos de Felix Duport pasaron á otra habitacion ricamente adornada.

—Este es tu cuarto, dijo el tio.

—¡Oh! tio; sois demasiado bueno.

—¿Estás contento?...

—No merezco...

—Si tal; ahora vamos á ver á Fanny.

Eugenio siguió á su tio, con la cabeza baja y el corazon oprimido.

—Éstá en su cuarto concluyendo de vestirse; vé delante y preguntala si podemos entrar.

—¡Pero tio!...

—Ahi tienes la puerta; la primera que ves, pásala; llama en la segunda.

—Pero...

—Haz lo que te digo.

Eugenio entró.

—¿Con que nada le habeis dicho? dijo el tio á Félix.

—Palabra de honor.

—¿De modo que no sabe que se va á encontrar con su mujer?

—No.

—Qué buena sorpresa. Dentro de ocho dias los casaremos al otro lado del lago, donde está el chiquitin, porque todo el mundo cree que lo están hace quince meses, y todos llaman á Fanny Mad. Milbert. Es el único medio de cortar todas estas hablillas que circulan... pero diablo, parece que se olvidan de nosotros; opino porque debemos entrar.

Hallaron á Fanny y á Eugenio llorando uno en brazos de otro.

Eugenio se separó de su amada para arrojarse en brazos de su tio.

—¡Oh! tio; ¡qué traicion!...

—¡Y la tuya!... Mira: ella es la que ha hecho todo esto; ella manda como dueña absoluta; ella me ha hecho quitar mi peluca; ella me ha hecho viejo para tener un tio verdadero. ¿Si supieras cómo me ha reñido por no haber llegado á tiempo á la fonda de Lyon, cuando te se antojó marcharte á América? ¡Si vieras cómo ha llorado!...

Vamos, vas á entrar en el salon con ella del brazo, y mañana marcharemos al Valais.

—Con que tú, Felix, sabias...

—Todo; pero solo despues que te marchaste al otro mundo.

—Vamos, vamos, dijo el tio Eloy; están bailando; volvamos al salon. Mas tarde hablaremos de todo esto.

